

jo; mas, por desgracia, añadíase que no había concluido todo y que se trataba de herir á los hombres de todas las facciones, y se repitió la misma cosa en la sesión extraordinaria de los jacobinos. Cuando cada cual hubo dicho lo que sabía de la conspiración, de sus autores y de sus proyectos, añadióse que todas las tramas serían conocidas, y que se instruiría un informe acerca de algunos hombres de distinta clase que la de aquellos á quienes se perseguía actualmente.

El departamento de la guerra, el ejército revolucionario y los franciscanos acababan de ser atacados en las personas de Vincent, Ronsin, Hebert, Mazuel, Momoro y sus compañeros. Queríase perseguir también al Ayuntamiento: sólo se hablaba de la dignidad de gran juez reservada á Pache; pero sabíase que era incapaz de comprometerse en una conspiración, que era dócil á la autoridad superior y le respetaba el pueblo, y no se quiso dar un golpe demasiado atrevido agregándole á los otros. Prefirióse arrestar á Chaumette, que no era más audaz ni peligroso que Pache, pero que, por vanidad y deseo de lucir, se había constituido en autor de las más imprudentes resoluciones del Ayuntamiento y en uno de los apóstoles más celosos del culto de la razón. Arrestaron, pues, al infeliz Chaumette, enviándole al Luxemburgo con el obispo Gobel, autor de la gran escena de abjuración, y con Anacarsis Clootz, expulsado ya de los jacobinos y de la Convención por su origen extranjero, su nobleza, su fortuna, su república universal y su ateísmo.

Cuando Chaumette llegó al Luxemburgo, los sospechosos salieron á su encuentro y le agobiaron con sus burlas. Aquel infeliz, aunque muy aficionado á declamar, no tenía nada de la audacia de Ronsin ni del furor de Vincent. Con su cabello lacio y sus miradas inquietas parecía un misionero; y lo había sido realmente del nuevo culto. Allí se le recordó su persecución contra las mujeres de vida airada y los aristócratas, sus requisitorias para combatir el hambre y apoderarse de los sospechosos. Un preso le dijo inclinándose: «Filósofo Anaxágoras, yo soy sospechoso, tú eres sospechoso, nosotros somos sospechosos.» Chaumette se excusó con tono sumiso y temblando; pero desde aquel momento no se atrevió ya á salir de su celda, ni ir al patio de los presos.

Después de haber mandado arrestar á estos infelices, el comité de salvación pública dispuso que el de seguridad general redactase el acta de acusación contra Chabot, Bazire, Delaunay, Julián de Tolosa y Fabre; todos cinco fueron encausados y pasaron al tribunal revolucionario. En el mismo momento se supo que un emigrado perseguido por un comité revolucionario halló refugio en casa de Herault-Sechelles. Este diputado tan conocido, que á una gran fortuna y noble origen reunía una hermosa figura, gran talento, finura y gracia; que era amigo de Dantón, de Camilo Desmoulins y de Prouli, y que á menudo se atemorizaba al verse entre aquellos revolucionarios terribles, había llegado á ser sospechoso, y olvidábase que era el principal autor de la Constitución. El comité se apresuró á mandar prenderle, en primer lugar porque no le apreciaba, y después para probar que descargaría sus golpes sin consideración alguna contra los moderados á quienes sorprendiera en falta, sin mostrarse más indulgente con ellos

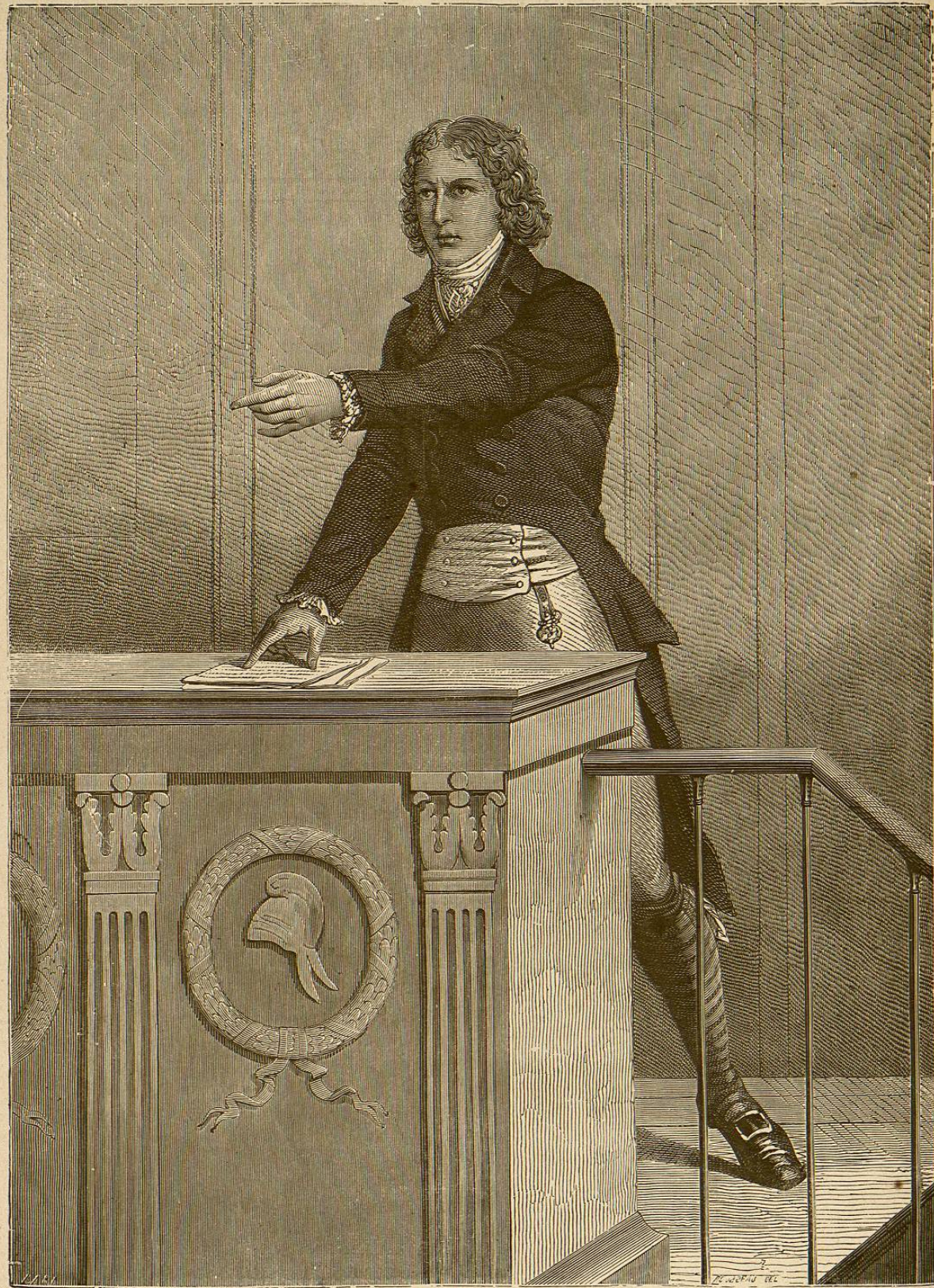
que con los otros culpables. Así, pues, las iras del terrible comité recaían á la vez sobre los hombres de todas las clases, de todas las opiniones y méritos.

El 1.º germinal (10 marzo) comenzó el proceso de una parte de los conspiradores. Comprendióse en la misma acusación á Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Mazuel, el banquero Kock, el joven lionés Leclerc, que había llegado á ser jefe de división en el departamento de Bouchotte, los llamados Ancar, Ducroquet, comisionados en el comité de subsistencias, y algunos otros individuos del ejército revolucionario y de las oficinas de la guerra. Para continuar la suposición de complicidad entre la facción ultrarrevolucionaria y la facción del extranjero, confundióse además en la misma acusación á Prouli, Dubuissón, Pereira y Desfieux, que no tuvieron jamás ninguna relación con los otros acusados. Á Chaumette se le reservó para figurar más tarde con Gobel y los otros autores de las escenas del culto de la razón; y por último, si Clootz fué agregado á Prouli, siendo así que debía ir asociado con estos últimos, debiólo á su calidad de extranjero. Los acusados figuraban en número de diez y nueve, y Ronsin y Clootz eran los más audaces y enérgicos. «Esto es un proceso político, decía Ronsin á sus compañeros; ¿qué falta os hacen vuestros papeles ni preparativo alguno para justificaros? Seréis condenados: cuando era preciso obrar hablasteis; sabed ahora morir. En cuanto á mí, juro que no me veréis temblar; procurad imitarme.» Los misérrimos Hebert y Momoro se lamentaban, diciendo que la libertad estaba perdida. «¡La libertad perdida, exclamó Ronsin, porque van á perecer algunos misérrimos individuos! ¡La libertad es inmortal; nuestros enemigos sucumbirán después de nosotros, y la libertad sobrevivirá á todos!» Como se acusaran entre sí, Clootz les exhortó á que no agravaran sus males con mutuas invectivas, citándoles con este motivo el siguiente famoso apólogo:

Je revais cette nuit que, de mal consumé,  
Côte á côte d'un gueux on m'avait inhumé (1).

La citación produjo su efecto, y todos dejaron de atribuirse sus desgracias. Clootz, poseído aún de sus opiniones filosóficas hasta el cadalso, buscó los últimos restos de deísmo que podían quedar en aquellos hombres, y no dejó de predicarles hasta el fin la naturaleza y la razón con el más ardiente celo y un inconcebible desprecio á la muerte. Fueron conducidos al tribunal en medio de un inmenso concurso de espectadores. Ya se ha visto por el relato de su conducta á qué se reducía su conspiración. Clubistas de la última clase, intrigantes de oficina, matones regimentados en el ejército revolucionario, tenían la exageración de los inferiores, de los portadores de órdenes, que se extralimitan siempre en sus atribuciones. Así, por ejemplo, quisieron impeler al gobierno revolucionario á formar una simple comisión militar, quisieron convertir la abolición de las supersticiones en persecución de cultos, las costumbres republicanas en grosería, la libertad de lenguaje en la más repugnante bajeza, y la desconfianza y la severidad democráticas respecto á los hombres en la más atroz difamación. Palabras ofensivas contra la Convención y

(1) Soñaba yo anoche que, de mal devorado,  
Junto á un pordiosero me habían sepultado.



SAINT-JUST



el comité, proyectos de gobierno, proposiciones en los franciscanos y en las secciones, repugnantes folletos, una visita de Ronsin á las cárceles, para ver si había patriotas encerrados, como él acababa de estarlo, y por último, algunas amenazas, y la tentativa de un movimiento bajo el pretexto de la escasez, constituían en suma los complots. No había aquí más que necedades y porquerías de mala gente: una conspiración profundamente urdida, y que se correspondiera con el extranjero, era cosa demasiado superior para aquellos miserables. Fué una pérdida suposición del comité, que el infame Fouquier Tinville se encargó de demostrar al tribunal, y que éste recibió orden de adoptar.

Las palabras ofensivas que Vincent y Ronsin pronunciaron contra Legendre, al comer con él en casa de Pache, y sus reiteradas proposiciones para organizar el poder ejecutivo, fueron alegadas para probar el proyecto de aniquilar la representación nacional y el comité de salvación pública; y las comidas en casa del banquero Kock como testimonio de su correspondencia con el extranjero. A esta prueba se agregó otra: algunas cartas escritas en París para Londres, é insertas en los diarios ingleses, anunciaban que á juzgar por la agitación que reinaba, debían esperarse movimientos. Estas cartas, decían á los acusados, revelan que el extranjero estaba en correspondencia con vosotros, puesto que pronosticaba vuestros complots. La escasez que atribuían al gobierno para sublevar al pueblo les fué imputada á ellos solos, y Fouquier, destruyendo calumnia por calumnia, sostuvo que eran causa de aquella escasez, haciendo saquear en los caminos las carretas que conducían legumbres y frutos. Acusóseles también de que las municiones reunidas en París para el ejército revolucionario eran uno de los preparativos para la conspiración. La visita de Ronsin á las cárceles se representó como una prueba del proyecto de armar á los sospechosos para desencadenarlos en París, y por último, los escritos circulados en las plazas, y el acto de velar la declaración de los derechos, se miró como un principio de ejecución. Hebert quedó cubierto de oprobio: apenas se le censuró por sus actos políticos y su periódico; contentáronse con probarle sus robos de camisas y pañuelos.

Pero dejemos á un lado tan vergonzosas discusiones entre esos acusados de baja esfera y el vil acusador de que se servía un gobierno terrible para consumir los sacrificios que ordenaba. Retirado en su elevada esfera, este gobierno designaba los infelices que le oponían obstáculos, dejando á su procurador general Fouquier el cuidado de llenar las formas con mentiras. Si en aquella vil turba de víctimas, sacrificadas en aras de la tranquilidad pública, merecían algunas ser separadas, eran seguramente los infelices extranjeros Prolí y Anacarsis Cloutz, condenados como agentes de la coalición. Prolí, según ya hemos dicho, conociendo la Bélgica, su patria, había condenado la violencia ignorante de los jacobinos en este país, admirando el talento de Dumouriez, y así lo expuso al tribunal; su conocimiento de las cortes extranjeras le permitió ser útil á Lebrún dos ó tres veces, y así lo confesó igualmente. «Tú has censurado, le dijeron, el sistema revolucionario en Bélgica; has admirado á Dumouriez, y fuiste amigo de Lebrún; luego tú eres agente del extranjero.» No se pudo

alegar otro hecho. En cuanto á Cloutz, su república universal, su dogma de la razón, cien mil libras de renta, y algunos esfuerzos que hizo para salvar á un emigrado, fueron motivos suficientes para declararle culpable. Apenas comenzaron los debates del tercer día, el jurado se declaró suficientemente enterado, condenando en tropel á la pena de muerte á todos aquellos intrigantes, maquinadores é infelices extranjeros. Sólo uno fué absuelto, un tal Laboureau, que en aquel asunto sirvió de espía al comité de salvación pública.

El 4 germinal (24 de marzo), á las cuatro de la tarde, los sentenciados fueron conducidos al lugar del suplicio. La multitud era tan numerosa como en las ejecuciones anteriores; alquilábanse sitios en las carretas y en las mesas colocadas alrededor del cadalso. Ni Ronsin ni Cloutz *flaquearon*, sirviéndonos de su terrible expresión; Hebert, agobiado de vergüenza, abatido por el desprecio, no se cuidaba de sobreponerse á su cobardía; viéndosele desfallecer á cada instante; y el populacho, tan vil como él, seguía la fatal carreta repitiendo el grito de los vendedores de su diario: «¡Está endiabladamente encolerizado el Padre Duchesnel!»

Así fueron sacrificados aquellos miserables á la indispensable necesidad de establecer un gobierno sólido y vigoroso; y la necesidad de orden y obediencia no era aquí uno de esos sofismas con ayuda de los cuales inmolan los gobiernos á sus víctimas. Toda Europa amenazaba á Francia; todos los trastornadores querían apoderarse de la autoridad, comprometiendo la salvación común con sus luchas, y era indispensable que algunos hombres más enérgicos se apoderasen de esa autoridad disputada, la ocuparan exclusivamente, y pudieran así servirse de ella para resistir á Europa. Si se experimenta un sentimiento, es el de ver emplear la mentira contra esos miserables; ver entre ellos á un hombre de firme valor, á Ronsin; á un loco inofensivo, á Cloutz; á un extranjero, intrigante tal vez, mas no conspirador, y sí hombre de mérito, el infeliz Prolí.

Apenas hubieron sufrido el suplicio los hebertistas, mostraron gran alegría los *indulgentes*, diciendo que no habían hecho mal en denunciar á Hebert, Ronsin y Vincent, puesto que el comité de salvación pública y el tribunal revolucionario acababan de enviarlos á la muerte. «¿De qué nos acusan, pues?, decían; nosotros no hemos cometido más falta que la de reprender á esos facciosos su deseo de trastornar la república, aniquilar la Convención Nacional, suplantar al comité de salvación pública, agregar el peligro de las guerras religiosas al de las guerras civiles, y producir una confusión general. Esto es lo que justamente les han echado en cara Saint-Just y Fouquier-Tinville al enviarlos al cadalso. ¿En qué podíamos ser nosotros conspiradores y enemigos de la república?»

Nada era más justo que estas reflexiones, y el comité pensaba exactamente como Dantón, Camilo Desmoulins, Philippeaux y Fabre, acerca del peligro de aquella turbulencia anárquica. La prueba es que Robespierre no había dejado de defender á Dantón y á Camilo desde el 31 de mayo, acusando á los anarquistas; pero ya lo hemos dicho: hiriendo sólo á estos últimos, el comité se exponía á pasar por moderado, y era preciso que desplegara por todas partes el mayor rigor, á fin de no comprometer su reputación revolucionaria.



Era preciso que, pensando como Dantón y Camilo, censurase sus opiniones, inmolándolos en sus discursos; y pareció no favorecerlos más que á los mismos hebertistas. En el informe contra las dos facciones, Saint-Just había acusado tanto á la una como á la otra, guardando un silencio amenazador respecto á los *indulgentes*. En los jacobinos había dicho Collot que no estaba todo acabado, y que se preparaba un informe contra otros individuos además de los que estaban arrestados. A estas amenazas se agregó el arresto de Herault Sechelles, amigo de Dantón y uno de los hombres más apreciados de aquel tiempo. Semejantes hechos no manifestaban la intención de mostrarse débil, y sin embargo se decía aún por todas partes que el comité iba á retroceder, á dulcificar el sistema revolucionario, y perseguir á los asesinos de toda especie. Los que deseaban la adopción de esta política más clemente, los detenidos y sus familias, todos los ciudadanos pacíficos, en fin, á quienes se perseguía con el nombre de indiferentes, concibieron indiscretas esperanzas, diciendo altamente que al fin iba á terminar el régimen de las leyes sangrientas. Tal fué muy pronto la opinión general que se propagó en los departamentos, sobre todo en el del Ródano, donde hacía algunos meses se estaban ejerciendo tan espantosas venganzas, y donde Ronsin había inspirado tanto temor. Respiróse un momento en Lyon, se osó mirar cara á cara á los opresores, y parecióse predecirles que sus crueldades iban á tener término. Al oír estos rumores, al conocer estas esperanzas de la clase media y pacífica, los patriotas se indignaron; los jacobinos de Lyon escribieron á los de París, diciéndoles que la aristocracia levantaba la cabeza, que muy pronto no podrían resistir, y que si no se les comunicaba fuerzas y estímulos, se verían reducidos á darse la muerte, como el patriota Gaillard; que se quitó la vida á puñaladas cuando se arrestó á Ronsin por primera vez.

«He visto, dijo Robespierre en los jacobinos, varias cartas de algunos de los patriotas lioneses; todos manifiestan la misma desesperación, y si no se aplica el más pronto remedio á sus males, no hallarán alivio sino en la receta de Catón y de Gaillard. La facción pérfida que, afectando un patriotismo extravagante, quería inmolarse á los patriotas, ha sido exterminada ya; pero poco le importa al extranjero mientras le quede otra. Si Hebert hubiera triunfado, derribaba la Convención, la república recaía en el caos, y la tiranía quedaba satisfecha; pero con los moderados, la Convención pierde toda su energía, los crímenes de la aristocracia permanecen impunes, y los tiranos triunfan. El extranjero tiene, pues, tanta esperanza con la una como con la otra, y debe asalariar á todas sin fijarse en ninguna. ¿Qué le importa que Hebert expire en el cadalso si le quedan traidores de otra especie para realizar sus proyectos? No habéis hecho, pues, nada si os queda una facción que aniquilar, y la Convención está resuelta á inmolarse á todas hasta la última.»

Así pues, el comité había comprendido la necesidad de justificarse de la censura de moderación, haciendo un nuevo sacrificio. Robespierre había defendido á Dantón cuando una facción audaz venía así á atacar á su lado á uno de los patriotas más célebres; entonces la política, un peligro común, todo le obligaba á defender á su antiguo colega; pero hoy aquella facción audaz

no existía ya, y al defender más tiempo á este colega despopularizado comprometíase él mismo. Por otra parte, la conducta de Dantón debía despertar muchas reflexiones en su alma envidiosa. ¿Qué hacía Dantón lejos del comité? Rodeado de Philippeaux y de Camilo Desmoulins, parecía ser el instigador y jefe de aquella nueva oposición que perseguía al gobierno con sus censuras y mordaz ironía. Desde hacía algún tiempo, sentado frente á aquella tribuna donde iban á figurar los individuos del comité, Dantón tenía alguna cosa de amenazador y desdénso á la vez; su actitud, sus palabras repetidas de boca en boca, sus relaciones, todo, en fin, probaba que, después de aislarse del gobierno, se había erigido en censor, y que se quedaba fuera como para oponerle obstáculo con su inmensa nombradía. No era esto todo: aunque despopularizado, Dantón conservaba, no obstante, una reputación de audacia y de genio político extraordinaria; inmolado Dantón, ya no quedaba ningún revolucionario de fama fuera del comité, y en éste no existían ya más que reputaciones secundarias, Saint-Just, Couthón y Collot d'Herbois. Consintiendo en este sacrificio, Robespierre conseguía de un mismo golpe destruir un rival, devolver al gobierno su crédito y su energía, y aumentar sobre todo su reputación de virtud, hiriendo á un hombre acusado de su afición al dinero y á los placeres. Inducíanle también á este sacrificio todos sus colegas, más envidiosos aún que él mismo de Dantón. Couthón y Collot d'Herbois no ignoraban que eran despreciados por este célebre tribuno; Billaud, de carácter frío, vil y sanguinario, veía en él algo de grande y dominante; Saint-Just, dogmático, austero y orgulloso, era antipático con un revolucionario que procedía fácil y generosamente, y consideraba que una vez muerto Dantón él llegaría á ser el segundo personaje de la república. Todos, en fin, sabían que Dantón, en su proyecto de renovar el comité, no creía deber conservar sino á Robespierre, y por lo mismo rodearon á éste, sin tener que hacer grandes esfuerzos para inducirle á tomar una determinación tan agradable á su orgullo. No se sabe qué explicaciones produjeron esta resolución ni en qué día se adoptó; pero de repente se volvieron todos misteriosos y amenazadores, y sólo se habló de sus proyectos. En la Convención y en los jacobinos guardaron un silencio absoluto; pero circularon sordamente siniestros rumores, diciéndose que Dantón, Camilo, Philippeaux y Lacroix iban á ser inmolados á la autoridad de sus colegas. Varios amigos comunes de Dantón y Robespierre, atemorizados por estas voces, y viendo que después de semejante acto no se podía contar con una sola cabeza segura, y que el mismo Robespierre no debía estar tranquilo, quisieron reunir á éste con Dantón, invitándole á que se explicasen; pero Robespierre, encerrándose en un silencio obstinado, desentendiéndose de las proposiciones, manteniéndose en una reserva austera. Como le hablasen de la antigua amistad que había manifestado á Dantón, contestó hipócritamente que nada podía hacer ni en pro ni en contra de su colega; que la justicia estaba allí para defender la inocencia; que en cuanto á él, toda su vida había sido un sacrificio continuo de sus afectos á la patria, y que si su amigo era culpable también le sacrificaría á su pesar, pero como á todos los otros, en aras de la república.

Vióse entonces que esto era cosa hecha; que aquel hipócrita rival no quería comprometerse á nada por Dantón, y que se reservaba la libertad de entregarle á sus colegas. En efecto, el rumor de próximos arrestos adquirió más consistencia: los amigos de Dantón le rodeaban; aconsejábanle que saliera de su especie de letargo, que sacudiese la pereza y dejara ver aquella frente revolucionaria que no se había mostrado jamás inútilmente en la borrasca. «¡Ya lo sé, decía Dantón; quieren arrestarme!; pero no, añadía; no se atreverán.» Por otra parte ¿qué podía hacer? Huir era imposible. ¿Qué país hubiera dado asilo á este formidable revolucionario? ¿Había de autorizar con su fuga todas las calumnias de sus enemigos? Además de esto amaba á su país, y oíasele decir: «*¿Se lleva por ventura la patria en la suela de los zapatos?*» Sin embargo, permaneciendo en Francia, le quedaban pocos medios. Los franciscanos pertenecían á los *ultrarrevolucionarios*; los jacobinos á Robespierre, y la Convención temblaba. ¿En qué fuerza apoyarse? He aquí lo que no han tenido en cuenta aquellos que, viendo á este hombre tan poderoso derribar el trono el 10 de agosto y sublevar al pueblo contra los extranjeros, no pudieron concebir que cayese sin resistencia. El genio revolucionario no consiste en rehacer una popularidad perdida, en crear fuerzas que no existen, sino en dirigir atrevidamente los afectos de un pueblo cuando se poseen. La generosidad de Dantón y su alejamiento de los negocios le habían enajenado casi el favor popular, ó por lo menos no le habían dejado suficiente para derribar la autoridad reinante. Convencido de su impotencia, esperaba y repetía: *¡No se atreverán!* Era permitido, en efecto, creer que ante tan gran nombre, y ante tan inmensos servicios, vacilarían sus adversarios. Después recaía en su pereza y en aquella indiferencia de los hombres fuertes, que esperan el peligro sin inquietarse demasiado para substraerse á él.

El comité seguía siempre guardando el más profundo silencio, y continuaban circulando siniestros rumores. A los seis días de la muerte de Hebert, esto es, el 9 germinal, los hombres apacibles, indiscretamente alentados, viendo sucumbir el partido de los frenéticos, principian de repente á decir que muy pronto se verían también libres de los dos santos, Marat y Chalier, y que se han hallado en sus vidas motivos para transformarlos, tan pronto como á Hebert, de grandes patriotas en hombres infames. Este rumor, que entrañaba la idea de un movimiento retrógrado, se propaga con singular rapidez, oyéndose repetir por todas partes que los bustos de Marat y de Chalier serán destruidos. El torpe Legendre delata estos rumores á la Convención y á los jacobinos, como protestando en nombre de sus amigos los moderados contra proyecto semejante. «Tranquilizaos, exclama Collot en los jacobinos; semejantes habillitas quedarán desmentidas. Hemos lanzado el rayo contra los hombres infames que engañaban al pueblo, les hemos arrancado la máscara, y no son los únicos... Arrancaremos todas las máscaras posibles; no se figuren los indulgentes que hemos peleado por ellos, y que por ellos hemos celebrado aquí esclarecidas sesiones. Pronto los vamos á desengañar.»

En efecto, al día siguiente, 10 germinal (31 de marzo), el comité de salvación pública llama á su seno al

de seguridad general, y para dar más autoridad á sus providencias convoca también al de legislación. Luego que estuvieron reunidos los vocales, toma Saint-Just la palabra, y en uno de aquellos informes péfidos, que con tanta destreza sabía redactar, denuncia á Dantón, Desmoulins, Philippeaux y Lacroix, proponiendo su arresto. Trémulos y aterrados los individuos de los otros dos comités, no se atreven á resistir, y creen alejar el peligro de su persona conformándose. Impónese el mayor silencio, y en la noche del 10 al 11 germinal, quedan presos los cuatro de repente y los llevan al Luxemburgo.

El rumor de estas prisiones, que desde por la mañana corría por París, había causado una especie de estupor. Reinense los miembros de la Convención y guardan un silencio lleno de espanto. El comité, que siempre se hacía esperar y tenía ya toda la insolencia del poder, aún no había llegado. Legendre, que no tenía bastante importancia para ser preso con sus amigos, se apresura á tomar la palabra y dice: «Ciudadanos: cuatro miembros de esta Asamblea han sido presos esta noche; sé que uno de ellos es Dantón; ignoro el nombre de los demás; pero cualesquiera que sean, pido que se les oiga en la barra. Ciudadanos, lo declaro: conceptúo á Dantón tan puro como yo mismo, y no creo que nadie tenga que tacharme; no atacaré á ningún individuo de los comités de salvación pública y de seguridad general, pero tengo derecho para temer que enconos particulares é individuales pasiones priven á la libertad de los varones que le han hecho los mayores y más útiles servicios. El hombre que en septiembre del 92 salvó la Francia con su energía, es acreedor á que se le oiga, y debe tener la facultad de explicarse cuando le acusen de haber hecho traición á la patria.»

Proporcionar á Dantón la facultad de hablar en la Asamblea, era el mejor medio para salvarle y desemascarar á sus contrarios; pero en aquel momento, adelantándose Robespierre al comité, sube á la tribuna, y con tono colérico y amenazador habla en estos términos: «Al ver la perturbación, desconocida por tanto tiempo, que reina ahora en ésta Asamblea, y la agitación que ha causado el preopinante, se echa de ver muy bien que hay aquí un gran interés, y que se trata de saber si algunos individuos han de prevalecer hoy contra su patria. Pero ¿cómo podéis olvidar vuestros principios hasta el punto de conceder hoy á ciertos individuos lo que hace poco rehusasteis á Chabot, á Delaunay y á Fabre d'Eglantine? ¿A qué viene esa diferencia en favor de algunos individuos? ¿Qué me importan á mí los elogios que se hagan de él ni de sus amigos?.. Una continuada y grande experiencia nos ha enseñado á desconfiar de estas alabanzas, y ya no se trata de saber si un hombre ha cometido tal ó cual acto patriótico, sino cuál ha sido toda su carrera.

»Legendre parece que ignora los nombres de los presos, pero toda la Convención los conoce. Su amigo Lacroix es uno de ellos; ¿por qué aparenta ignorarlo? Porque sabe muy bien que no se puede defender á Lacroix sin desvergüenza. Ha hablado de Dantón, porque cree que este nombre sin duda lleva consigo un privilegio... ¡No, no queremos prerrogativas, no queremos ídolos!»

Numerosos aplausos estallan al escuchar estas últimas palabras, y los cobardes, temblando en aquel mo-